



**Detalle de un cuadernillo con el boceto de la escultura del ángel que realizó Mustafa Arruf en Holanda**

siendo un hombre joven. Se lo hago constar. "Es alucinante", comenta. Le inquiero a que me analice el tema y me contesta:

- "Hay que tener en cuenta que la mayoría de nuestros padres son comerciantes o militares, gente con muy pocos estudios o analfabeta. A ellos no le dieron opciones sus familias, el Movimiento, las circunstancias de la vida... No pudieron llegar a más porque sólo podían llevar el 'chusco', la comida, lo justo, incluso ropa usada de otras personas a casa. Éso lo he vivido yo. En esta nueva generación, a partir de la nuestra, hay ingenieros, abogados,... gente preparada dentro de nuestro colectivo bereber y ya es cuestión

sin distinguir por etnias, pueden tener en él un punto de referencia.

Me dejo llevar por la inercia de la conversación y le pregunto si tiene sentimiento de pertenencia a un colectivo bereber discriminado en la actualidad.

- "La situación ha cambiado en los últimos veinte años, el abanico está mucho más abierto, hay escuela pública para todo el mundo. Lo que me pasó a mí, ahora es imposible, no existe relación alguna. Hoy hay de todo, los alumnos no pueden quejarse...".

Como se ha dejado llevar por el ámbito del arte, le repito la pregunta sobre la sociedad en general.

- "Discriminación como tal no la veo. Es cierto que existe un alto número de parados, tengo hermanos en esta situación, pero es un problema general. Las oportunidades las tenemos todos por igual pero hoy te piden más preparación. En cualquier trabajo te piden titulación y hay que competir. Todo depende de la educación que den los padres, que deben obligar a sus hijos a estudiar. Lo que no se puede es tener un montón de hijos y soltarlos como yo veo algunos casos. Hay que hincar los codos y no sentarse en un café y luego quejarse de que no tienes trabajo".

Por último, había que preguntarle que significa para él la escultura

- "Es difícil de explicar. Forma parte de mi vida. Sin hacer esculturas yo no sabría hacer nada. Es que... para mí, es como la piel, forma parte de mí. Si me la quitas, me quitas la vida".

Así acabó la conversación que mantuvimos en su estudio, mientras él perfilaba la cerviz en aguijón del Picasso joven y yo me entretenía en fotografiar todo aquello que me parecía interesante en el taller de un artista en el que puede aparecer cualquier objeto. Entre otras cosas, el boceto en un cuadernillo de aquel ángel que esculpió en dieciocho días y que le sirvió para conseguir el trabajo en la empresa holandesa donde acabó de formarse en el oficio de escultor. El ángel que se le apareció, podrían decir los religiosos.

**Miguel Gómez Bernardi**

## Dragones de bronce en el meridiano de Melilla

▣ **Vicente Moga Romero** No es sólo que el dragón lime sus piezas extremas con una lija invisible que transporta el aire, es que, además, permanece en la curva de ese aire, con las escamas verdes del bronce cosidas a su cubierta metálica. Este es el diálogo varado casi al borde del mar que el escultor Arruf mantiene con sus diez dragones alineados sobre pedestales: bosque de bronce en tierras de acero cortén que, como las sabinas, doblagan con la paciencia el tiempo del Atlas, alancean con sus puntas las voces de los transeúntes y desgranar los rosarios de espuma que esparcen las cercanas olas. Hitos de un croquis que camina sobre la cuerda de dos continentes, haces envolventes de una imagen arcana que evoca la ciudad púrpura que fue Rusadir.

Este es el sentido de esta hilera de cuerpos, torsos desnudos y elipses dinámicas, cuyas colas de sirena fueron lanzadas al mar o trasmutadas en nuevos miembros, como las campesinas anidan las hoces cual tercer brazo. Viñas sobre una

duna que amamanta al mar con sus pezones de arena, los diez dragones de Arruf están avvicinados en una calle de Melilla tan poderosa y azul que limita con el Mediterráneo. Están plantados como una cuerda de sirenas, de jugadores de pelota vasca, con sus canastas alzadas, punteadas de toro y bronce, desinflando con su cornucopia de afectos las nubes del cielo que curiosas se acercan a observarlos. Son los diez dragones del escudo de armas del escultor Mustafa Arruf: en sus cuarteles vuelan pegajosos interiores, danzan giróvagos extáticos y florecen vírgenes desnudadas frente al espejo del Levante. Es la obra de un artista que responde a un nombre que suena a fuego valenciano y a raíz de enebro; a tic-tac de yunque y a piedra de toque; a ese pueblo amazigo de montaña que se llama Azrou, donde siempre está lloviendo (en mi ensueño) con sus mujeres vestidas de princesa y sus hombres embozados en chilabas y mantos pespunteados por hilos de lana y nieve; y sobre todo a ese lugar incalificable en el que habita el artista, Melilla, en donde los dragones liban sus fantasías bajo las parras de sombra.

Mustafa Arruf modela la tierra con sus espátulas de humus, congrega a los silenciosos buriles de la creatividad en los positivos de canoas de escayola, como una cura de urgencia practicada a la madre tierra. Quizás por ello permanece en Arruf la vanguardia y la tradición, los ecos del telar, la chispa de la fragua, la curva del herrero que se apresura en el espacio sagrado del zoco a calzar las caballerías heridas y la huella del grafito que circula por un ferrocarril alimentado de ideas sin estación término. Con estas herencias, Arruf parece dispuesto a cumplir su destino de guerrero de la belleza. Trabaja en las redomas de cultivos que transforma en circuitos sembrados de curvas, concavidades y huecos, como un goliardo describe cuerpos de mujer sembrados de misterios y alborozos. Torsos, brazos, senos, pezones y cosenos de una geometría hermafrodita que transfigura a la mujer que pasea en la mujer bronceada atada a la cintura de los días. Son las nuevas amazonas, las cazadoras desplazadas desde las rocas del Hoggar, desde las estelas púnicas, en homenaje al arco del Tassili, las que dispararon las flechas de seda que pararon el diluvio. Cada golpe de Arruf sobre la tela luminosa de la arcilla es un vahído de amor: desde la niebla informe restalla el látigo que maneja las formas primarias -una piedra, una madera, un bosque de granados, una falda olvidada sobre la silla, un trozo de metal, un vaso con labios- y desde el vaho renace transformada: en el pico de una golondrina, la quilla de un cárbabo, el vientre de una doncella tatuada de dragones.

Los diez dragones de Mustafa Arruf se funden en uno y emulan la magnificencia del cabo Tres Forcas cuando se agigantan en "Encuentros", su escultura ciclópica, nacida de la tierra marina que moldea los corazones de los melillenses. Los diez dragones y su conjunto permanecen en ese meridiano de Melilla que es el paseo marítimo, hilvanados como agujas de un acerico ancestral a la altura de los ojos de los paseantes, en la línea de flotación de sus corazones, naturalmente Mustafa.



**Ahora está volcado en el proyecto de las tres esculturas del genial Picasso que irán situadas en Málaga, una de las poblaciones más visitadas de España.**

de tiempo. Posiblemente yo me haya adelantado un poco y haya roto la barrera por la casualidad de que la Escuela de Arte estaba junto a mi casa. En el futuro habrá más calles pero, claro, tienen que demostrar también que son buenos ingenieros, médicos, abogados... que dan mucho por la ciudad y la gente los valora".

Asegura que no ha buscado la distinción y añade: "si yo ayer era un golfo que estaba tirando piedras por ahí y, ahora, me veo... Además, la placa de la calle está junto a un instituto, cuando yo me escapaba del instituto, es surrealista".

Le comento que, no obstante, significa un avance en la integración social en la ciudad. Me señala que "hemos avanzado todos" y puntualiza que los jóvenes melillenses que cursen ahora estudios de arte,